

ANTE EL GRAN MISTERIO DE LA VIDA

¿Niño o niña?

ESTA pregunta se repite con singular emoción en los hogares en que se espera sucesión más o menos próxima.

El orgullo de un padre creador de un negocio próspero espera tener un varón que sea el continuador de su obra, y si a ello se añade la idea de que la multiplicidad de varones constituye el principio de la grandeza y la fuerza de una nación, aumenta en el padre el deseo de que lo que va a nacer sea un niño. Por otra parte, nadie ignora la dulzura y la armonía existentes en aquellas familias en las que aparece como una bella flor de ternura una niña, que provoca en el padre un sentimiento de protección hacia un ser débil al que deberá guiar toda la vida.

De parte de la madre, la idea de tener más adelante una futura compañera la emociona en lo más profundo de su corazón, y, en cambio, en el varón ve la posibilidad de un fuerte defensor en el caso de faltarle el marido.

Por estas razones y por otras más de otro orden nunca es indiferente a los padres mirar sin interés el posible sexo del niño. Cuando es el primer hijo el que se espera, no tiene, en general, tanto valor el que sea de uno u otro sexo; es bastante la impresión de que se va a continuar la cadena familiar con un vástago. Pero no ocurre así en otras ocasiones, en que la repetición del mismo sexo, la envidia o la desgracia, hacen que se desee saber cuanto antes el sexo que tendrá lo que va a nacer.

Y aquí la gran dificultad, pues para el tocólogo la contestación a esta pregunta es así como la cuadratura del círculo. A pesar de cuanto se ha escrito (y no ha sido poco) sobre la causa que determina la diferenciación del sexo, no se sabe todavía nada de un modo cierto. Y tan aventurado es hablar de la causa del sexo como del modo de averiguarlo antes del nacimiento; y no hay ni qué hablar de la formación de uno u otro sexo por la voluntad de sus progenitores.

Data nada menos que desde Aristóteles el cuento de que Leofane hacía tener las crías de sus animales domésticos del sexo que quería, suprimiéndoles uno u otro testículo: el derecho producía machos, y el izquierdo, hembras.

En cambio, recientemente, Dawson afirma que el macho no interviene en la formación del sexo, actuando exclusivamente a la manera de una varita mágica que hiciera despertar el óvulo a la vida de un nuevo ser, encontrándose únicamente en éste el enigma biológico de la formación del sexo. Y, sin embargo, nada más desprovisto de razón, puesto que la enorme cantidad de operaciones de vientre que se practican actualmente en la producción de varones y otro a la de hembras, y creyendo, además, que el ovario derecho, por ser el más desarrollado, tiene mayor actividad procreativa. Son ya miles los casos en los que habiendo extirpado un ovario a una mujer tiene luego, indiferentemente, varones y hembras. También está perfectamente comprobado que en los casos de operación cesárea, en los que se examinan dos ovarios con cuerpitos lúteos de la gestación, colocados indistintamente en el ovario derecho o en el izquierdo, dan lugar, sin distinción, a fetos varones o hembras.

Y si estos datos, que algunos han creído basar sobre fenómenos biológicos, se pueden desmentir con tanta facilidad, así como la misma teoría cromosómica, que tantos adeptos ha tenido, ¿qué quedará de las vulgares afirmaciones de ciertas comadres, que creen a pies juntillas en la influencia de la Luna, en la generación alternante, en el cambio de clima o en la mayor fuerza del marido o de la esposa?

Ciertamente, estamos en una gran ignorancia en todo esto, y desde el punto de vista filosófico, sería muy difícil precaver lo que ocurriría a la Humanidad el día que se pudiese obtener por nuestra exclusiva voluntad un hijo de uno u otro sexo. Podría llegarse a un desequilibrio peligroso, pues no hay que olvidar que hasta la ley podría imponer el predominio de un determinado sexo; y téngase en cuenta que desde muy remota antigüedad hasta nuestros días, y en contra de una creencia muy extendida, siempre han nacido más varones que hembras: en una proporción de 105 varones por cada 100 niñas.

Y es curioso observar que lo mismo ocurre en los mamíferos superiores, en los peces, en los insectos ¡y hasta en los vegetales!; es decir, en donde hay un soplo de vida. Pero es que no conocemos tampoco un medio de saber a ciencia cierta antes del nacimiento el sexo de lo que va a nacer. Prescindamos de los datos que dice conocer el vulgo acerca de si se mueve el feto de esta o de la otra manera, o de si la madre vomita más o menos, y de tantas y tantas cosas como se dicen, a cual más raras, y cuya falsedad se demuestra por su misma y enorme variedad.

Ni el número de latidos del corazón del feto es otra cosa que un cálculo aproximado, pero siempre falaz; ni la radiografía, denotando quizá una mayor fortaleza del esqueleto fetal, nos dan una certeza antes del parto; la duda existe hasta que pueda comprobarse *de visu*, en el momento de venir el niño al mundo. ¡Y pensar en la impaciencia de los padres... y del médico, que no puede anticipar la noticia, siendo así que el sexo está perfectamente formado desde la sexta semana de vida intrauterina!

«La Visitación», cuadro de Rafael, existente en el Museo del Prado

DOCTOR LUQUE



La facies expresiva de un tierno bebé

